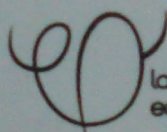


Los dibujos de Lisboa

Krina Ber



la vaca mariposa
editora

Los dibujos de Lisboa

Krina Ber



Colección Hecho a mano

Los dibujos de Lisboa
Krina Ber

Diseño editorial: Adriana Morán Sarmiento

©Krina Ber 2013

©La Vaca Mariposa Editora 2013

Colección Hecho a mano
Libro artesanal
Ejemplar /100

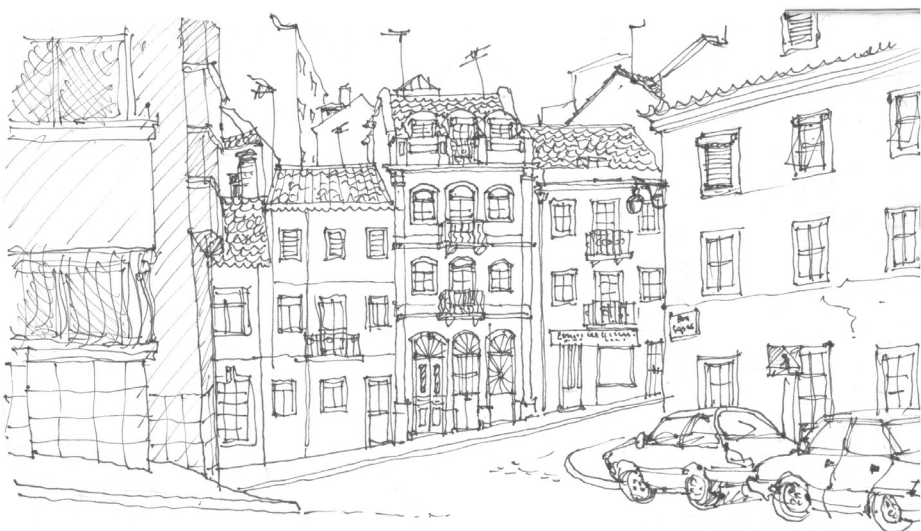
Ber, Krina

Los dibujos de Lisboa. - 1a ed. - Buenos Aires : La Vaca
Mariposa Editora, 2013.

56 p. ; 22x16 cm.

ISBN 978-987-26006-9-3

1. Literatura Latinoamericana. I. Título
CDD HA860



...en cada uno de los callejones que trepaban por las colinas de Lisboa o se hundían tan abruptamente como desfiladeros había una llamada inflexible y secreta que él no podía desobedecer

Este es un país muy raro. Aquí las cosas ocurren de otra manera, como si estuvieran pasando hace años y uno se acordara de ellas

(Antonio Muñoz Molina: El invierno en Lisboa)

A veces, en los sueños, vuelvo a Lisboa. No a la Lisboa de mi última visita, con Adinha doblada por la edad y mi suegro varado en su sillón como una estatua, no al vértigo de acero y vidrio en las estructuras de la Expo y la Estación del Sur ni a la uniformidad globalizada de las tiendas y siempre los mismos bazares chinos en los rincones que antes no me cansaba de explorar: vuelvo a la Lisboa de otros tiempos cuando me bastaba con ir a pie a mi trabajo de entonces o simplemente dar una vuelta por las calles del populoso vecindario donde vivían los padres de Mauro para reconciliarme conmigo misma y con mi lugar en el mundo. Cada vista inmediata o lejana, cada vitrina escondida en los soportales, cada clínica de muñecas o sastrería con ventanas al nivel de mis pies tenía algo de tesoro y de historias escondidas, entre las cuales también encajaba la mía. Sin saber por qué, yo amaba a Lisboa con gratitud y asombro, como se ama a algo que existe completo sin ti y, sin embargo, te ha sido ofrecido sin que lo esperaras ni movieras un dedo para ello. Un baño de espacios urbanos que me compensaba en cada visita por las carencias que sentía en Caracas. Me equilibraba, me situaba y, de alguna manera misteriosa me hacía más fácil volver. Aquella estadía y trabajo que he mencionado pertenecen al tiempo de tránsito, una tregua entre Venezuela y Venezuela, cuando la tarea de construir el futuro había sido suspendida para mí por unos largos meses de los que ha quedado registro en las cartas que escribía a mi marido, porque mi necesidad de escribir renacía precisamente en tiempos como esos. *Siempre me he sentido más viva en el tránsito que en el destino*: esta frase toca mi tecla sensible, la que mejor me define, creo, entre todas las que había leído o escuchado, y no sé si atribuir su autoría a Fernando Pessoa o a Eça de Queiroz o a la propia Adinha quien la había citado sin recordar la fuente, aunque nadie hubiese creído seriamente que semejantes frases pudieran brotar en

nuestras interminables conversaciones entre ollas y trapos de cocina. Mauro ha conservado todas esas cartas. En ellas los nombres de las calles suenan a conjuro, los adoquines, el invierno y la vida dura se llaman Lisboa, brilla el amarillo de los tranvías y las escaleras de piedra bailan bajo mis pies.

En mis sueños vuelvo a vagar por las calles como si acariciara con el dedo las líneas de sus tejados y ventanas con los postigos cerrados o abiertos, y las fachadas se llenan de grises, ocre y rosados y pots de geranio en los balconcitos, sellando la continuidad irrompible de privacidad ajena cuyos atisbos me alcanzan a veces a través de las cortinas blancas y las zonas de sombra de los portones, territorio de patios y escaleras.

También en el edificio de la Rua Cravinho Araujo hay un portón abovedado y nueve escalones de piedra hasta la así llamada *planta baja alta*, y un patio donde piezas de ropa de todos los colores penden como notas musicales de sus cuerdas, aletean las sábanas, las gallinas cacarean en el cobertizo abajo y el canto de un gallo descontrolado añade un toque rural a la colina cortada sobre la cual se alzan las fachadas traseras de una calle que tal vez habré dibujado en mi cuaderno sin reconocerla. En la proximidad insospechada de otros balcones las vecinas intercambian frases como si también cantaran pelando papas y cepillando alfombras, con la tonada que siempre tienen los idiomas cuando no se entienden, o muy poco. A Adinha —*dona Adela* como le dicen allí — no le gusta mucho que me involucre en las faenas que implican salir al balcón de la cocina, no le gusta que me observen esas chismosas, y, aunque me creo suficientemente entera para que la curiosidad y las miradas resbalen sobre mí sin daño alguno, ella prefiere que me quede adentro, dictamina que no sirvo, *não prestas para iso, filha*, (cosas como esa me dice siempre en portugués), que

froto la ropa *como un arquitecto*, y no es precisamente un cumplido. Tampoco sé estirar bien la colada, a su criterio, ni pongo cuidado en voltear hacia adentro las partes más gastadas de cada pieza. Nada de eso tiene sentido para quien soy fuera de Lisboa, pero me someto dócilmente a sus reglas hogareñas sumida en el embeleso que ejercen las vidas prestadas. Algo en esa casa, y también en esa ciudad hace que nunca me canse de escuchar las historias de Ada y de recorrer las calles y plazoletas de Lisboa, como si un mismo secreto me empujara a salir del Metro en estaciones desconocidas o tomar un taxi para cualquier dirección al azar del lápiz y del mapa, a explorar las colinas y la zona costera, los callejones medievales y las avenidas. Mi suegra no sale nunca, o casi nunca, años hace que no pone el pie fuera del territorio inmediato de sus compras: el mercado semanal en La *Praza*, el panadero, el super llamado *Pão de azucar*, y no dejo de maravillarme al escucharla nombrar los sitios que le muestro en mis dibujos como si estuvieran tan unidos al cuerpo de la ciudad que a ella no le hiciera falta salir de su casa para recordar e identificarlos. Debe haber conocido esos lugares en otros tiempos, cuando era más joven y más independiente, debe haberlos almacenado en su prodigiosa memoria que, desde que la conozco, sólo invierte en el control de su universo doméstico, en lograr que permanezca a través de los años la misma casa dentro de la misma ciudad y que no se vaya a trastocar el lento fluir de las horas de cada día y de los días de cada semana.

Vuelves a abordar el tranvía número nueve que hoy ya no existe pero en tus sueños aún atraviesa sin prisa el valle central y en su trayecto la ciudad se pierde un poco, se debilita en zonas medio derruidas entre grúas y obras en construcción, se pone agresivamente posmoderna en las torres de Amoreiras, se deshace en autopistas debajo del acueducto romano y se recompone de nuevo en Lisboa

cuando la nave, bufando y tintineando a su manera, emprende la subida por los rieles del Bairro Alto. La travesía culmina frente a las venerables ruinas de un convento. Carmo. Parada terminal. A lo lejos, peldaños de tejados rojos, buhardillas y balcones de hierro trepan por la otra colina, todo aquí son colinas, como ésta que estás recorriendo y la pendiente de las calles y pasadizos te lleva sola hacia el río, tan semejante al mar. En el camino encontrarás ese dibujo que estás buscando, te dejarás seducir por el llamado de una esquina, una plaza, la redondez de un arco, la diagonal de una escalinata. A veces te acompaña Sergio con su pequeño cuaderno y una cartuchera llena de creyones. Escogemos sitios tranquilos, sin mucho tráfico, donde sólo se ven algunas mujeres cargadas con sus bolsas de compra, lentos pájaros oscuros bajo el sol, que invariablemente se acercan a ese *rapazinho*, tan serio, *taõ giro*, compañero de una madre loca sentada al borde de la acera y una que otra le hace arrumacos al niño que se encoge asustado: mami, la señora tiene bigote. Los rosados y grises que tiemblan en el aire veraniego son tan de Lisboa como los olores que reconocíamos al bajar la ventanilla apenas dejábamos atrás el aeropuerto y el carro de mi suegro enfilaba la primera avenida —huele a la comida de mi abuela, decía Sergio— tan persistentes como el azul del cielo y la misteriosa dicha de volver a ver a Adinha.

En las mañanas de invierno, cuando recorría las tres cuadras que separan la casa de la estación de Arroios las aceras olían a pan fresco y café recién colado, las *prietas* de Mozambique pregonaban pescado y la gente se agolpaba frente a los quioscos leyendo las primeras páginas de los diarios. Hablo de las mañanas de mi tránsito más largo cuando los albuces de las crisis económicas venezolanas me habían llevado a vivir allí durante casi un año, medio huésped, medio usurpadora empeñada en plantar en esa

ciudad su manojito calladito de raíces. No era algo nuevo para mí, más bien la concentración en estado puro de mi forma de ser en todas las ciudades donde he vivido. Una condición siempre cómoda y excitante y un poco melancólica también, la de ser parte de algo que en última instancia no te incluye ni favorece, pero, por el otro lado, te deja respirar porque eres una extranjera y se te perdonan algunas infracciones al código de esas normas no escritas en ninguna parte que atañen a los verdaderos habitantes. Aquella vez —cuya singularidad se desliza en mi memoria fundiéndola con muchas otras visitas, largas y cortas, antes y después, en las vacaciones de verano y Navidades— yo vivía en Lisboa amparada en mi identidad de nuera extranjera, esposa del hijo emigrado y madre de nietos, cuñada y concuñada, indiscutible tía de dos muchachos traviosos que me saltaban encima con gritos de júbilo, la *tía de América* y a la vez una ciudadana en regla con pasaporte y cédula de identidad válida para los próximos diez años. Podía trabajar, y de hecho, trabajaba, e incluso contribuía con los gastos de la casa aquella única vez cuando me había quedado por un lapso de tiempo más largo que el de una visita, cuando Sergio asistía a la escuela pública cerca de la casa y mi suegra cuidaba del pequeño Adán y yo había encontrado empleo en una *cooperativa de proyectos* en la Rua Frei Cardoso y tomaba el metro cada mañana desde Arroios a Roma entre los olores a café y pan y pescado y gente leyendo periódicos en la calle. También fue en el transcurso de esa estadía —a la que solía llamar mi *exilio portugués*— cuando un aparentemente inofensivo juego entre Adinha y yo hiciera aflorar las sombras del pasado desencadenando la catarsis de una revelación que ni ella ni yo íbamos a olvidar jamás, aunque nos situáramos después a las distancias habituales y pretendiéramos borrarla del registro de nuestras relaciones como si nunca hubiera ocurrido. Luego la vida retomó su curso, y con ella la Lisboa de antes, adonde yo volvía

por unas semanas o días de vacaciones con mis hijos que crecían o sólo con el menor y al final sin ninguno, volvía a una Lisboa cada vez más cambiada, más alejada de mí. En el hall de llegada del aeropuerto la silueta de mi sobrino Fredy sustituyó algún día a la de mi suegro quien ya no podía ir a buscarme pero aún aguardaba en la ventana para ayudarme a subir las maletas los nueve escalones hasta el pequeño cuarto de huéspedes donde mi cama de siempre (la misma donde había nacido Mauro) me esperaba preparada por Adinha con sus sábanas de hilo bien planchadas. La casa olía a limpio y a madera encerada, las planchas del piso aún crujían de la misma manera y el gallo loco en el patio seguía cantando a deshoras desbaratando el tiempo y devolviéndome esa sensación de misterio y felicidad que me sacaba a la calle, como antes, en la urgencia de vistas y olores y de una búsqueda hacía tiempo cerrada, de la que subsistía sin embargo la complicidad de una relación personal entre la ciudad y yo. Hace muy poco esa misma sensación me golpeó desde las páginas de un libro que me habían prestado porque ya no se encuentra en ninguna parte: *El invierno en Lisboa*. En finales de los ochenta habría podido hallarlo en Librería Lectura o Suma o Rizzoli: los premios nacionales de la narrativa española seguramente llegaban también a Caracas, pero en esos tiempos yo no leía casi nada fuera de manuales técnicos, revistas y libros de bolsillo con el familiar toque de suspenso de mis detectives favoritos. No tenía idea de que existiera un relato cuyo protagonista, músico y forastero, recorría las calles y plazas de Lisboa como si tocara algún instrumento sensible en la misma clave que yo, de que también para él la ciudad fuera un texto que sólo podía ser descifrado si uno caminaba lo suficiente en ella.

No leía entonces, es cierto, ni tampoco escribía, con la excepción de aquellas cartas que Mauro había conservado.

Caminaba, eso sí, incansablemente, Y ese texto que se me ofrecía, trataba de traducirlo en dibujos.

Que yo fuera capaz de dibujar lo *descubrí*, literalmente —y por supuesto, en Lisboa— una tarde de verano como otras, mientras vigilaba a Sergio y a sus dos primos (Adán aún no había nacido) desde un banco en Alameda. Los niños correteaban por la grama con una pelota. Yo estaba aburrida. Saqué un marcador negro de punta fina y me puse a esbozar los contornos de la calle adyacente en mi infaltable libreta de notas. Era una calle cualquiera donde las ordenanzas urbanísticas no lograron disciplinar la mezcla de construcciones de diferentes alturas y estilos, y los techos planos alternaban con tejas y buhardillas. Desde mi posición de observador elevado, copas de árboles tapaban la vista de los dos primeros pisos. Atenta a los detalles, reproduje fielmente el desorden de las añadiduras, chimeneas y antenas, planos laterales revelados por desniveles de techos, me fijé en las ventanas tapiadas en un piso de almacenes, en los materos y farolas, en el saliente en forma de torrecita que redondeaba la esquina y la densidad de líneas verticales de la calle perpendicular. Se suponía que los arquitectos hacían eso, y no era la primera vez que trataba de dibujar algún paisaje urbano en ese u otro cuaderno, por eso siempre llevaba uno en mis grandes carteras de viajera. Hasta entonces, por más que me esforzara en esbozar las líneas de fuga, por más que cerrase un ojo para anular la profundidad y tomara medidas sobre un lápiz a la distancia del brazo estirado, los resultados eran siempre mediocres. Esta vez, contra todas las reglas que me habían enseñado, los detalles entraron a mi hoja antes que los planos generales y ni siquiera recordaba en qué orden, porque más que en el dibujo me había concentrado en el paisaje mirado. Nunca antes me había dejado absorber tan completamente en la observación de una realidad que no tenía otro mérito que el

de existir ante mis ojos y la realidad, siempre tan reacia a ser captada en una hoja de papel, se había rendido dócilmente sin que se torcieran en lo más mínimo sus proporciones, sin un solo error en la perspectiva. Me embargó una ola de incrédula emoción. Había descubierto la puerta hacia algo íntimo que ignoraba poseer, un trazo nuevo, limpio, definido en su propia certeza sin esbozos ni borradores, base de ese famoso “estilo de arquitecto” que tanto había admirado en los croquis de los hermanos Krier o del gran Álvaro Siza, aún desconocido entonces en su propio país. No se parecía a nada de lo que yo había dibujado o tratado de dibujar hasta entonces, a ninguna de esas líneas inseguras, repasadas una y otra vez sobre sí mismas en las hojas anteriores de ese mismo cuaderno.

Los muchachos estaban sudados y felices. Encaminé a mi pequeña tropa hacia la calle Cravinho Araujo donde Ada había preparado la merienda para los tres nietos y té para nosotras dos. Seguí arrullando mi excitación como a un niño oculto. No me atreví a mostrarle el dibujo, ni siquiera a ella. Tenía que seguir practicando, tenía que asegurarme de que era real, de que el don no iba a desaparecer tan inexplicablemente como se había declarado.

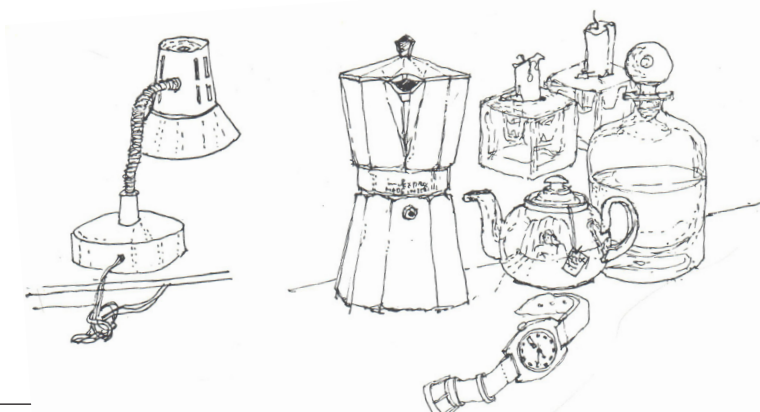
Aquella misma tarde dejé a los chicos frente al televisor de los abuelos y me escapé de la casa con el hambre de buscar vistas buenas, vistas en formato de hoja horizontal o vertical, vistas que me conmoviesen. Hasta esa zona popular de construcciones mediocres estaba llena de ellas. La *Praza*, construcción hexagonal del mercado donde Ada compraba pescado y legumbres era baja y de poco interés, pero me atrajo el movimiento circular de fachadas que provocaba a su alrededor. Tenía que comprobar, tenía que asegurarme de que podía hacerlo... Esa vez no existía la muletilla de los árboles que permitieran simplificar la curva ascendiente

de la calzada, la confusión de carros estacionados, los portones, los postes y los toldos, sin embargo, el truco de dejarme absorber por los detalles funcionó de nuevo y todo ese desorden se metió en la página seguro y limpio, sin una sola línea repetida o inútil. Perdí la noción del tiempo hasta que cayó el crepúsculo y se encendieron las farolas. En el camino de vuelta me di cuenta de que las calles oscuras ya no eran las mismas.

Ada recuerda que llegué atrasada para la cena, y seguía como en trance. No podías dejar en paz a esa libreta, dice.

Efectivamente, no podías. Dibujaste la mesa, ¿recuerdas? La olla de arroz con el cucharón adentro, las botellitas gemelas de aceite y vinagre, tu servilleta desdoblada sobre el mantel, tus rodillas apoyadas en el borde de la mesa, el cuaderno sobre las rodillas y la mano que sostenía el marcador dibujando en ese cuaderno la imagen de una realidad que se repetía disminuida dentro de sí misma. Sergio se levantó de su puesto y miraba fascinado, con la barbilla clavada en mi hombro, su abuela tuvo que reprenderlo para que volviera a comer.

—Excelente— opinó el señor Manuel limpiándose los labios con la immaculada servilleta de lino. Y Adinha observó:



—Deja eso ya. Te vas a estropear los ojos, la luz no es buena.

—Es que no puedo parar. Es la primera vez en mi vida que me pasa algo así.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo no sabía dibujar.

—Ajá. Ya te lo vamos a creer.

—Te lo juro. No estaría así, si no estuviera asombrada yo misma.

Mi suegra trajo la cafetera y prendió el televisor: era la hora de la novela brasileira. Recogí los platos haciendo caso omiso de sus rituales protestas (déjalo, ven a tomar el café primero). Cuando terminé de fregar, los encontré a los dos examinando mi cuaderno: que me creyeran o no, obviamente les habían impresionado esos dibujos. *Tem jeito, ¿não tem?* la oí decir a Adinha.

—Sabes, esto es fabuloso — me dijo cuando entró la publicidad — Los lugares se reconocen perfectamente. La *Praza* está tal cual, hasta este pequeño poste que se ve aquí está un poco doblado, ¿lo ves? Es raro que lo hayas dibujado así. Fíjate que hoy mismo, cuando estuve allí en la mañana, un hombre salió de esa tienda de enfrente que se ve aquí, y le dio algo, un desmayo, no sé qué. Un hombre grande y fuerte. Se agarró del poste y lo dobló al caerse. Me precipité para ayudarlo, pero se levantó solo y dijo que estaba bien. Hasta parecía enfadado conmigo y dijo una palabrota. Para que veas cómo es la gente de aquí. Toma tu café *ma petite*, que se te pone frío. ¿Quieres otro, Manuel?

Mi suegro había cambiado sus gafas y me sonrió, como solía hacerlo, en silencio. Entonces, y aún después de haber vivido muchos meses con ellos dos, y aún hoy, cuando evoco su aseada silueta de hombre mayor, sus rasgos orgullosos,

camisas limpias y mirada hermética, no sé nada de él, fuera de la interpretación que Adinha hacía de su marido. Nos tratamos con una suerte de respetuoso aprecio a distancia, conscientes de la imposibilidad de un contacto más cercano. También esa vez fue Adinha la que me reportó la reacción de Manuel y comentó que estaba muy orgulloso de mí, y eso que tu suegro *es muy difícil*, ya lo sabes. Reconoció de inmediato el otro dibujo, el primero, donde se ve la calle esa que sube a la derecha de Alameda. Fíjate que yo ni me acordaba, pero él sí, de que en este edificio está el café donde tu marido estudiaba por las tardes. Se llamaba *Liverpool*, o algo así, pero después le cambiaron el nombre. ¿Te contó Mauro que hacía las tareas de liceo en un café? Igual que sus hermanos. Aquí no tenían mucho lugar, *coitados*, la madrina y yo ocupábamos la mesa para planchar y coser. Pues les gustaba éste, porque no los obligaban a consumir, les dejaban quedarse horas tan sólo con tomarse una *bica* y un vaso de agua. Allí se encontraban los muchachos para estudiar, y después, quién sabe, otras cosas. Lo malo de los muchachos es que no pueden mantenerse alejados de la política. Y eso, en ese tiempo, era una porquería peligrosa. Alguien los denunció. Los *Pide* —sabes que así se llamaba la policía política de Salazar— hicieron una redada pero ese día no había estudiantes, no sé si tuvieron suerte o si estaban avisados. Se llevaron al dueño, pero lo soltaron unas semanas después. Sin embargo, vendió el café y se marchó. Por algo será, ¿no?

...

Krina Ber (Kristina Ber de Da Costa Gomes) es arquitecto especializada en el diseño de estructuras de hierro. Nació en Polonia en 1948, creció en Israel, estudió en Lausanne, (Suiza) y se casó en Portugal antes de radicarse, en 1975, en Caracas. Es Arquitecto EPFL y UCV, Maestría en Literatura Comparada, UCV (2007).

Ganó la Mención Especial del 56 Concurso de Cuentos de El Nacional (2001) por el cuento *Benjamín y la caminadora*; fue finalista del III Concurso Nacional de Cuentos de SACVEN (2002) con *Los milagros no ocurren en la cola*; Premio Monte Ávila Editores para Obras de Autores Inéditos por el libro *Cuentos con Agujeros* (2004); ganadora de la XI Bienal Literaria “Daniel Mendoza” de Ateneo de Calabozo (2005) con *El Secuestro*; ganadora del 62 Concurso de Cuentos de El Nacional (2007) con el cuento *Amor* y del VI Concurso Nacional de Cuentos de SACVEN (2007) con *Los dibujos de Lisboa*.

Publicó los libros de relatos *Cuentos con Agujeros* (Monte Ávila Editores, 2005); *Para no perder el hilo* (Literatura Mondadori, 2009); y *El espacio en la ficción de dos obras contemporáneas: El jinete polaco, de Antonio Muñoz Molina y Agua quemada de Carlos Fuentes* (CEP FHE, publicaciones UCV). Otros textos suyos fueron incluidos en revistas y antologías.

Comenzó a escribir en español en el año 2000.

La Vaca Mariposa Editora
Colección Hecho a Mano
(Todos los derechos reservados)

www.lavacamariposaeditora.com
E-mail: adriana@lavacamariposaeditora.com
En Facebook: LA VACA MARIPOSA EDITORA
En Twitter: @UnaVacaMariposa

Este libro se terminó de imprimir en
Buenos Aires, en el mes de mayo de 2013.

